

Movidos por la Misericordia

“Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón,
con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con
todo tu espíritu, y a tu prójimo como a ti mismo”
(Dt 6,5).

Fray Enrique Arenas Molina, OAR
Rector Uniagustiniana

Ambientación

Jesús acostumbraba hablar en parábolas. Las parábolas son aquellas breves narraciones dichas por Jesús de Nazaret que encierran una educación moral y religiosa, revelando una verdad espiritual de forma comparativa. Con un profundo significado: “El que tenga oídos, que oiga” (Mt 13,9). Un ejemplo eficaz de esta realidad está en la parábola del buen samaritano que movido por la misericordia dio testimonio de amor a Dios y al prójimo.

La parábola es narrada por el propio Jesús a fin de ilustrar que la caridad y la misericordia son las virtudes que guiarán a los hombres a la piedad, a la solidaridad y a la santidad.

Jesús emplea un personaje despreciado por ellos para mostrarles su error. Con el buen samaritano cree estar siempre despejado Jesús. Antes de que pasara el samaritano ante el hombre apaleado, pasaron dos personajes: “Coincidió que bajaba un sacerdote por aquel camino; al verlo, dio un rodeo y pasó de largo. Lo mismo hizo un levita que llegó a aquel sitio; al verlo, dio un rodeo y pasó de largo” (v.31-32).

Indisputablemente no están mencionados sin intención el sacerdote y el levita. A buen seguro que tampoco es casual atribuir al hombre

misericordioso condición de samaritano. Todo ello está muy deliberadamente escogido para subrayar la nueva noción de prójimo que Jesús quiere promulgar. Porque esta es la sucinta y acerada enseñanza de su parábola: el amor al prójimo es hacer esto, y el prójimo es éste, un samaritano, un extraño.

Se presentó ante Jesús un letrado de la ley para ponerlo a prueba y le preguntó: Maestro, ¿qué debo hacer para conseguir la vida eterna? Jesús le dijo: ¿Qué es lo que está escrito en la ley? ¿Qué lees en ella? El doctor de la ley contestó: “Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con todo tu ser, y a tu prójimo como a ti mismo” (Dt 6,5). Jesús le dijo: Has contestado bien; si haces eso, vivirás.

Al representar el concepto del samaritano explicamos que es un gentilicio, es decir, el individuo que ha nacido en Samaria, una región de la antigua Palestina, ubicada en la parte central del Reino de Israel. Se le dio este nombre por la antigua ciudad de Samaria, capital de aquel reino que se situaba en un monte al noroeste de Siquén.

Al comentar Agustín de Hipona la parábola del buen samaritano la simboliza como la caída de la humanidad, las razones de la caída y cómo el Señor viene al rescate, que es misericordioso con todos. También esta narración nos muestra, cómo debemos actuar para así poder ser prójimo y misericordiosos con todos y ver al prójimo en todos. Todos los caminos de Dios con respecto a nosotros son caminos de misericordia. Todo depende no del querer o del esfuerzo del hombre, sino de la misericordia de Dios y el don de la misericordia es doblemente bendecido, bendice a quien la da y a quien la recibe; por eso, dejémonos envolver por la misericordia de Dios.

Describamos simplemente una historia que representa la importancia de entregar a los demás lo mejor de nosotros mismos: ser solidarios y misericordiosos con el prójimo como fue el samaritano. Es un cuento de Rabindranath Tagore, poeta, filósofo, dramaturgo, novelista y mú-

sico hindú que recibió el Nobel de Literatura en 1913. Su obra siempre nos impacta y sobre todo esta leyenda, titulada “**El grano de trigo**”:

“Iba yo pidiendo, de puerta en puerta, por el camino de la aldea, cuando tu carro de oro apareció a lo lejos, como un sueño magnífico. Y yo me preguntaba, maravillado, quién sería aquel Rey de reyes. Mis esperanzas volaron hasta el cielo, y pensé que mis días malos se habían acabado. Y me quedé aguardando limosnas espontáneas, tesoros derramados por el polvo. La carroza se paró a mi lado. Me miraste y bajaste sonriendo. Sentí que la felicidad de la vida me había llegado al fin. Y de pronto tú me tendiste tu diestra diciéndome: ¿Puedes darme alguna cosa? ¡Ah, qué ocurrencia la de tu realeza! ¡Pedirle a un mendigo! Y yo estaba confuso y no sabía qué hacer. Luego saqué despacio de mi saco un granito de trigo, y te lo di. Pero qué sorpresa la mía cuando al vaciar por la tarde mi saco en el suelo, encontré un granito de oro en la miseria del montón. ¡Qué amargamente lloré de no haber tenido corazón para dártelo todo!” (Rabindranath Tagore).

Revisión de vida:

- Al revisar los valores expresamos que son los principios, virtudes o cualidades que caracterizan a una persona, una acción o un objeto que se consideran típicamente positivos o de gran importancia para un grupo social.
- Los valores motivan a las personas a actuar de una u otra manera porque forman parte de su sistema de creencias, determinan sus conductas y expresan sus intereses y sentimientos.
- Existe un gran número de valores, tanto generales como específicos, cuyo orden de categoría varía en cada persona o grupo social. En la leyenda del Grano de trigo destacamos los valores de

la generosidad, el altruismo y el desprendimiento. Consisten en saber utilizar correctamente nuestros bienes y recursos -también los menos tangibles, como el tiempo, por ejemplo-, manteniéndonos libres de nuestras apetencias excesivas y, si es necesario, para ponerlos al servicio del bien de las demás personas. Nos enseñarán a valorar sobre todo a las personas, y no tanto, quizás, las cosas materiales.

Agustín de Hipona, dice:

“

Si aún puedes ser mejor de lo que eres, es evidente que aún no eres tan bueno como debes” (uera rel. 41).

Cuando nuestro aprecio es mayor por las cosas que por las personas, nos resistimos a compartir lo que tenemos. La generosidad y el desprendimiento que ésta genera ayuda a superar ese sentimiento de posesión exclusiva y a ofrecer gustosamente nuestros bienes y valores a favor de nuestros amigos, de compañeros o de otras personas. Y lo extraño de esto es el hecho de que, cuanto más sinceramente ofrecemos nuestro tiempo, nuestra ayuda o nuestro interés a otras personas, experimentamos una sensación de mayor gozo y satisfacción. Hay precisamente un proverbio indio que afirma: “Todo lo que no se da, se pierde”.

La compasión es resultado del amor de Dios, la misericordia es el motor que provocó a Dios el salvarnos, en lugar de abandonarnos, de darnos vida eterna y de darnos una esperanza. Estos son algunos de los aspectos esenciales de la reflexión pastoral teológica y bíblica del buen samaritano que movido por la misericordia nos enseñó la compasión del amor de Dios:

1. Estructura e historia del relato
2. El camino del buen samaritano
 - a. Dos viajeros

- b. Samaritano, un extraño
- 3. La misericordia nos acerca a Dios
 - a. Actitud materna de compasión
 - b. Solidaridad es el bien común
 - c. Apertura del corazón
- 4. Cristo el buen samaritano
- 5. Jesús es el camino
- 6. ¿Cómo hacerse prójimo?

Colisionamos con una lección de vida al indagar sobre el prójimo que iba de camino y fue asaltado por ladrones, la interpelación nos resulta perfecta para todos los tiempos. Desde una visión humana, social y cultural el prójimo se refiere al próximo, cercano, por alguna razón especial de familia, pueblo y nación; credo, raza y pensamiento. Por causas de carácter natural podemos reconocer a nuestro prójimo.

“Mientras haya afán de
luchar, hay esperanza
de triunfar”
(s. 154).

1. Estructura e historia del relato

La narración comienza cuando un doctor de la ley le preguntó a Jesús, con ánimo de ponerlo a prueba, qué debía hacer para obtener la vida eterna. Jesús, en respuesta, le preguntó al doctor: ¿qué está escrito en la ley de Moisés? El legista respondió con dos citas de la Sagrada Escritura: “amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas” (Dt 6,5) y la ley paralela: “amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Lv 19,18). Jesús le dijo que había respondido correctamente y lo invitó a comportarse en consecuencia. En ese punto, el doctor de la ley formuló otra pregunta a Jesús para justificar su interpelación previa, que dio lugar a la enunciación de la parábola:

“Pero él (el legista), queriendo justificarse, dijo a Jesús: Y, ¿quién es mi prójimo? Jesús respondió: ‘Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de salteadores, que,

después de despojarle y golpearle, se fueron dejándole medio muerto. Casualmente, bajaba por aquel camino un sacerdote y, al verlo, dio un rodeo. De igual modo, un levita que pasaba por aquel sitio lo vio y dio un rodeo. Pero un samaritano que iba de camino llegó junto a él, y al verlo tuvo compasión; y, acercándose, vendó sus heridas, echando en ellas aceite y vino; y montándolo sobre su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y cuidó de él. Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y dijo: Cuida de él y, si gastas algo más, te lo pagaré cuando vuelva. ¿Quién de estos tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los salteadores?, El doctor dijo: El que practicó la misericordia con él. Jesús le dijo: Vete y haz tú lo mismo” (Lc 10,29-37).

El camino de Jerusalén a Jericó era un camino que representaba prosperidad porque Jericó era parte del camino que llevaba desde Jerusalén hasta los vados del Jordán, era una ruta económica significativa. Muchas veces en nuestra vida tenemos épocas en donde todo marcha muy bien, todas las cosas nos salen bien, sin embargo, cuando no hay un conocimiento del Señor aparece el ladrón, el que solo sabe matar, robar y destruir, para despojarnos y herirnos.

Es de notar que Jesús no definió, tal como pretendía el doctor de la ley, quién es el prójimo, solo preguntó quién obró como prójimo del herido. Por la respuesta del legista queda implícito que se considera prójimo a todo aquel que obra compasivamente con otro hombre, es decir, la definición se da en función de la obra.

“Haz lo que debes hacer y hazlo bien. Esta es la única forma para alcanzar la perfección”
(In ps. 34).

Jesús aplicando el método didáctico del momento, le preguntó quién había actuado como prójimo y el doctor de la ley no respondió precisamente, sino indirectamente, al expresar el que tuvo compasión de

él, lo que en general se interpreta como una dificultad de su parte en reconocer que no fueron el sacerdote o el levita quienes observaron el espíritu de la ley sino alguien que, en el ambiente judío, era considerado un excluido.

Estando ya en el centro del relato nos damos cuenta que es un ejemplo expresivo e incisivo de su mensaje exigente de ver mucho más allá la realidad de la vida, la que Jesús pretende que recapacitemos y consigamos el mejor provecho: “Cada uno cosechará lo que ha sembrado” (Ga 6,7). “Sé grande en las cosas grandes, pero no seas pequeño en las cosas pequeñas” (s. 213).

El objetivo del mensaje es detener la atención del lector para obligarlo a imitar el comportamiento de un excluido, de un samaritano. Es característico y mostrativo del método didáctico usado por Jesús de Nazaret y consta de los siguientes elementos:

- Pregunta de un maestro de la ley, v.25.
- Contra pregunta de Jesús, v.26.
- Respuesta del maestro de la ley, v.27.
- Mandato de Jesús, v.28.
- Nueva pregunta del maestro de la ley, v.29.
- Contra pregunta de Jesús que contiene la parábola del buen samaritano, v.30-36.
- Respuesta del maestro de la ley, v.37.
- Mandato de Jesús, v.37.

El mensaje de la narración no consiste en una cierta analogía con la verdad espiritual, sino en la propia expresividad del relato, en el ejemplo mismo que se propone, con toda su incivilidad.

2. El camino del buen samaritano

“Cada hombre es lo que ama” (diu. qu. 83); de ahí que en respuesta a la pregunta que le hacen sobre cuál es el primero de los mandamientos, Jesús responde: “El primero es: Escucha Israel, el Señor, nuestro Dios, es el único Señor, y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas. El segundo es: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No existe otro mandamiento mayor que éstos” (Dt 6,5).

Hay un testimonio muy interesante que conviene descubrir: el doctor de la ley le pregunta a Jesús quién es su prójimo. Jesús al concluir su narración, le pregunta al letrado: ¿Cuál de éstos tres se portó como prójimo?

“La voz de la verdad no
calla nunca. No grita
con los labios, pero
susurra con el corazón”
(In ps. 57).

Jesús da la vuelta a la interpelación y le cambia la pregunta: no basta con saber quién es nuestro prójimo, sino que tenemos que comportarnos como auténticos prójimos de los otros.

¿Quién es mi prójimo? Fue una pregunta maliciosa que dio origen a una de las parábolas más bellas que nos narra Lucas en su evangelio. El relato habla de un hombre cualquiera, seguramente un judío que bajaba de Jerusalén a Jericó después de una visita a la ciudad. La desgracia le sobrevino cuando una banda de malhechores lo asaltó y se fueron dejándolo medio muerto, es aquí donde se marca el camino del buen samaritano.

La narración relata de esta manera, dos hombres, un levita y un sacerdote, pasaron por allí. Se acercan con curiosidad a ver qué pasa con aquel hombre que yace desmayado en el suelo. Después de observar y dar un rodeo se alejan. ¿Por qué se van? Porque no tienen nada para ayudar a aquel pobre infeliz. ¿Para qué meterse en líos si tal vez ya está muerto? Eran hombres de alcurnia, que salieron de su residencia aquel día sin imaginarse que en el camino se podrían en-

contrar en una situación así. Dentro de sus planes no estaba encontrar personas necesitadas, y por eso se vinieron ligeros y sin equipaje.

Hay otro personaje en la narración. Un samaritano, un extraño que iba de viaje, un no-judío; uno que no debía pararse a atender a su antagonista religioso, uno que no estaba obligado a nada con aquel desgraciado; uno que no era “prójimo” según los juicios humanos de la época. ¡Qué sorpresa! Aquel hombre, extraño y sin compromiso alguno con el desvalido, parece que había salido de su casa con la única finalidad de atender a este desdichado. Lleva todo consigo: vendas, aceite, cabalgadura, dinero y, sobre todo, un corazón desembarazado y sin fronteras de raza, religión y prácticas. Es de esta manera como comienza una auténtica revolución protagonizada por el cristianismo y que ha cambiado por completo el mundo.

Esto todo está muy adrede elegido para recalcar la nueva noción de prójimo que Jesús quiere difundir. Ser prójimo o hacerse prójimo: esa es la cuestión. Jesucristo ha querido decirnos que el cristiano no nace prójimo, se hace prójimo. Con Cristo la hermandad rompe las murallas que la historia, la tradición y las costumbres pueden haber impuesto. La pregunta no es ya ¿con quién tengo la obligación de vivir la caridad y tratarlo como mi hermano?, sino ¿cuánto estoy dispuesto yo a hacerme prójimo de cualquier persona que se cruza en mi camino necesitada de mí?

La caridad ahora no conoce diferencia entre palestino y judío, entre norcoreano y surcoreano, entre oriental y occidental, entre republicano y demócrata, entre inmigrante y ciudadano.

Si cualquier persona puede ser mi prójimo, no puedo darme el lujo de ir ahora por la vida con las manos vacías ocupado en mi proyecto y en mi itinerario. La vida no es un paseo para estar viendo el paisaje y canturrear mientras hay muchos que yacen al borde del camino, despojados de su dignidad y heridos por la miseria y el pecado. De un cristiano se pide que vaya equipado, sobre todo de un corazón

magnánimo y generoso abierto a escuchar el grito del que gime pidiendo ayuda.

Con Cristo la caridad no es una obligación jurídica ni una simple norma de cortesía y protocolo. Depende de mi generosidad, en la medida en la que esté dispuesto a dejar mi cabalgadura para llegar a decir: lo que gastes de más te lo pagaré a mi regreso (v. 35). Depende de la apertura de mi alma para aceptar la invitación del Maestro: “Ve y haz tú lo mismo” (v.37).

El amor al que Dios nos llama es un deber porque Él mismo nos ha amado primero, y nosotros no podemos más que responder a su amor con amor. Pero cómo amarlo sino en el prójimo que, igual que nosotros, ha sido creado por Dios y por el cual Él nos invita a amarlo. Como dice san Juan:

Si alguno dice: Amo a Dios, y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve. Y hemos recibido de él este mandamiento: quien ama a Dios, ame también a su hermano” (1Jn 4,20-21).

El Apóstol Pablo lo describe: “El que ama al prójimo ha cumplido la ley. En efecto: No adulterarás, no matarás, no robarás, no codiciarás y todos los demás preceptos, se resumen en esta fórmula: amarás a tu prójimo como a ti mismo. La caridad no hace mal al prójimo. La caridad es, por tanto, la ley en su plenitud” (Rm 13,8-10).

Agustín de Hipona, dice:

“ *aque*l hombre que yacía en el camino, abandonado medio muerto por los salteadores, a quien despreciaron el sacerdote y el levita que por allí pasaron y a

quien curó y auxilió un samaritano que iba también de paso, es el género humano. ¿Cómo se llegó a esta narración? A cierta persona que le preguntó cuáles eran los mandamientos más excelentes y supremos de la ley, el Señor respondió que eran dos: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente; y amarás a tu prójimo como a ti mismo” (s. 171,2).

En última instancia no le pregunta: ¿Has entendido bien?, sino que le asigna: Anda y haz tú lo mismo. El letrado había venido a discutir. Pero se va con una obligación bien precisa de actuar: de mover las piernas, no la lengua; de hacer funcionar el corazón. No ambiciona confesar cuál es el prójimo en pasivo, sino que quiere descubrir quién es el prójimo en activo. Cristo traslada el centro de interés. El doctor de la ley se pone a sí mismo en el podio; y a los demás los pone a su alrededor.

Estos son los personajes de la parábola del buen samaritano: El sacerdote, el levita y el camino del buen samaritano.

a. Dos viajeros

El relato nos describe que en el espacio surgen dos viajeros: primero un sacerdote, luego un levita. Los dos pertenecen al mundo respetado de la religión oficial de Jerusalén. Los dos actúan de manera idéntica: ven al herido, dan un rodeo y pasan de largo. Los dos cierran sus ojos y su corazón, aquel hombre no existe para ellos, pasan sin detenerse.

En la descripción del sacerdote y el levita son los dos personajes que primero pasan por delante del judío apaleado y lo ignoran, siguiendo su camino. En el caso del sacerdote, el texto señala explícitamente que bajaba por aquel camino, es decir, que también iba hacia Jericó. La ley establecía que quien tocara un cadáver ensangrentado queda-

ría impuro hasta la noche, y alguien impuro no podía participar de los rituales religiosos (Lv 21,1-4). Si el levita iba, como el sacerdote v.31, de Jerusalén a Jericó, entonces nada le impedía tocar a un muerto en el camino. Con todo, Joachim Jeremías, dice: “Jesús quizá quería meramente describir al sacerdote y al levita como ‘insensibles y cobardes’, sin compasión e indiferentes frente al dolor de los demás”.

San Agustín cuando alude al sacerdote y al levita, dice que representan los dos tiempos, el de la ley y el de los Profetas; “en el sacerdote la ley, por la cual se instituyeron el sacerdocio y los sacrificios; en el levita los vaticinios de los profetas, en cuyo tiempo no pudo curarse la humanidad, porque la ley daba a conocer los pecados, pero no los perdonaba” (ench. 3).

El Papa Francisco, recapacitando sobre este pasaje, dijo:

“

El sacerdote y el levita ven, pero ignoran: miran, pero no se ofrecen a ayudar. Sin embargo, no hay verdadera adoración si no se traslada al servicio del prójimo. No permitas que nos olvidemos de esto: ante el sufrimiento de tanta gente exhausta por el hambre, la violencia y la injusticia, no podemos permanecer como espectadores”.

A la primera podemos decir que es la parábola más anticlerical de la realidad. Jesús pone en escena a dos profesionales de la religión, a dos seres consagrados a Dios, dedicados a su servicio: el sacerdote y el levita. Y, sin embargo, no se detienen. Seguramente están ocupados en cosas mucho más significativas; no pueden perder tiempo con este pobre desdichado.

¿No será que las prácticas religiosas nos hacen olvidar las obligaciones para con los hermanos? ¿No será que el celo por el primer mandamiento no garantiza en absoluto el pleno cumplimiento del segundo?

Por eso, hagamos que este hermano, despojado de todo, pueda descubrir que también en su camino se encuentra el amor: un amor que sabe detenerse, que sabe perder el tiempo, que sabe darlo todo, como el samaritano de la parábola.

“Siempre hay alguien que me necesita en el camino. Porque por todos lados hay bandidos que le roban la dignidad, la esperanza, la libertad, la sed de justicia, la aspiración a la paz”, dice Agustín de Hipona.

b. Samaritano, un extraño

El camino del buen samaritano se va descubriendo. Agustín de Hipona, dice: “Descubre por ti mismo” (s. 23,1). El samaritano de la parábola, un extraño descubrió en el caído el rostro golpeado de Cristo. La parábola del juicio final en Mateo 25,31-40, como trazando el camino a la más pura expresión de la fe y a la más auténtica conquista de la Iglesia que vio en los rostros de los pobres el rostro sufriente de Cristo. Por esa vía se percibe mejor que los enemigos de la fe cristiana no son principalmente el ateísmo ni la presencia masiva de las sectas, sino la idolatría de la inequidad capaz de pervertir hasta la misma fe.

El cuadro del samaritano, un extraño como el piadoso redentor del judío apaleado constituye toda una fragua al concepto de prójimo. Los samaritanos y los judíos constituían rivales irreconciliables; unos a otros se consideraban herejes. Los judíos basaban sus razones en que los samaritanos hacían su culto en el monte Garizim o Gerizim en lugar del Templo de Jerusalén. Además, solamente aceptaban a Moisés como Profeta.

De esta manera, los samaritanos no recibían como Escritura Sagrada más que el Pentateuco. Ellos concedían una gran escala al hecho de descender de los patriarcas judíos, pero los judíos negaban a los samaritanos todo lazo de sangre con el judaísmo. El hecho de reconocer la ley mosaica y de observar sus prescripciones con escrupulosidad tampoco cambiaba nada su exclusión de la comunidad de Israel.

El conocimiento presente de samaritano en la cultura occidental es el de una persona generosa y dispuesta a ofrecer ayuda a quien sea que lo requiera. El buen samaritano se convirtió en símbolo típico de la fraternidad humana y del humanismo integral. Los samaritanos eran ese grupo separado dentro del judaísmo, así que Jesús, al mostrar compasión hacia el caminante samaritano, deja en claro que la orden de amar tiene una amplia extensión.

El comienzo de esta narración y su conocimiento se remonta a la religión católica y la llamada “Parábola del buen samaritano”. Es una de las parábolas de Jesús más conocidas, relatada en el Evangelio de Lucas 10,25-37. Considerada una de las parábolas más realistas y reveladoras del método didáctico empleado por Jesús de Nazaret.

San Agustín nos dejó diferentes documentos con múltiples claves para entender el verdadero significado de la parábola. El samaritano ha sabido ubicarse en la perspectiva exacta, es decir, en la parte del otro, del necesitado. Cuál es el origen de la expresión: ¿Buen samaritano? Esta expresión es común utilizarla cuando se hace referencia a aquellas personas que son muy buenas o tienen algún acto de buena voluntad con otros.

Según Orígenes que fue un erudito, asceta y teólogo cristiano primitivo que nació y pasó la primera mitad de su carrera en Alejandría, que quiso descifrar la parábola del buen samaritano, el hombre que descendía de Jerusalén a Jericó representa a Adán, Jerusalén el paraíso, Jericó el mundo, los ladrones las fuerzas hostiles, el sacerdote la ley, el levita los profetas, el samaritano Cristo. Por otro lado, las heridas simbolizan la desobediencia, la montura, el propio cuerpo del Señor.

Para Orígenes este samaritano “lleva nuestros pecados” (Mt 8,17) y sufre por nosotros. Él lleva al moribundo y lo conduce a un albergue, es decir dentro de la Iglesia. Ella está

“Venid a mí todos los que estáis fatigados y cansados, y yo os aliviaré”
(Mt 11,28).

abierta a todos, no niega sus auxilios a ninguna persona de todos y todos están invitados por Jesús.

Después de curar sus heridas, el samaritano no se marchó enseguida, se quedó toda la jornada en el hostel cerca del moribundo. Él curó sus heridas no solamente en el día, también por la noche, lo rodeo de toda su diligente solicitud. Efectivamente, este guardián de las almas se muestra más cercano de los hombres que la ley y los Profetas haciendo prueba de bondad lo contrario de que cayó en manos de los bandidos, él se muestra su prójimo, tanto en palabras y en hechos.

Es esencial ver que, en la parábola del samaritano, va más allá todavía de su aparente significado. No se trata solamente de que también el samaritano, raza extranjera y odiada por los judíos, debe ser alcanzado por el amor al prójimo.

El samaritano ha sabido instalarse en la perspectiva exacta, es decir, en la parte del otro, del necesitado.

3. La Misericordia nos acerca a Dios

Agustín de Hipona, dijo: “con el amor al prójimo, el pobre es rico; sin el amor al prójimo, el rico es pobre”. Jesús lo sabe bien y nos lo manifiesta: somos hermanos porque poseemos un único Padre que está siempre preocupándose de sus hijos. Él quiere entrar en relación con nosotros, nos reclama nuestras responsabilidades, pero al mismo tiempo tiene un amor atento, que cuida, que nutre. Una actitud materna de compasión y ternura es la que nos acerca a Dios.

La Misericordia nos acerca a Dios y cuando Agustín de Hipona alude al samaritano, dice:

“ *cayó, pues, en poder de los ladrones, esto es, del diablo y sus ángeles, que por la desobediencia del primer*

hombre despojaron al género humano del ornato de la inocencia; y le hirieron, incapacitándolo para el buen uso de su libre albedrío. Por esto sigue: ‘Los cuales le despojaron, y, después de haberle herido, se fueron’. Le hicieron una llaga, induciéndole al pecado; y a nosotros más, porque al pecado que hemos contraído añadimos muchos pecados” (en. Ps. 3).

Es evidente que en estos tiempos parece que somos muy aptos para encontrar razones para hablar cada vez menos y menos de solidaridad, y más y más de nosotros mismos y de nuestras necesidades. La parábola del buen samaritano suena tan relevante hoy en día como lo fue en los tiempos de Jesús. No nos permite encontrar justificación en nuestras racionalizaciones, pero nos dice “Anda y haz lo mismo”, con amor atento, que cuida y que nutre.

¿Cómo hacerse prójimo? Sería humanitario en nuestra reflexión ¿con qué personaje nos identificamos más? ¿Hemos actuado alguna vez como el sacerdote o el levita? ¿nos caracterizamos por no mirar de dónde ni cómo es el otro sino por ayudar y ya está?

Al profundizar la parábola es lo mismo que penetrar en la vida, para descubrir en ella los llamados de Dios. ¿Cuántas veces hemos percibido al buen samaritano? ¿Cuántas veces nos hemos reconocido con cada uno de los personajes que aparecen en ella? Cada uno de ellos tiene una enseñanza diferente, no hay una única moraleja, porque es como sacar una imagen de un paisaje y depende del ángulo desde donde se tome la imagen, aunque el paisaje es el mismo.

“

Despojaron al hombre de la inmortalidad; y, cubriéndolo de llagas (inclinándolo al pecado), lo dejaron medio muerto, porque por la parte que puede entender y conocer a Dios es hombre vivo; más por la parte que sucumbe y es oprimido por el pecado es hombre

muerto; y esto es lo que se añade: Dejándole medio muerto” (gr. et lib. 2,19).

Sigue Agustín comentando “estaba medio muerto el movimiento vital -esto es, el libre albedrío-, herido el cual no era suficiente para volver a la vida eterna que había perdido. Por esto se encontraba tendido, porque no le bastaban sus propias fuerzas para levantarse, sino que necesitaba un médico para sanar -esto es, a Dios- (gr. et lib. 3).

De esta manera, Jesús no cuenta la parábola para sojuzgar al maestro de la ley, sino para vincular con lo mejor de este hombre, para abrirle un horizonte más amplio, para hacerle ver la buena noticia, con la que tendrá vida. Por eso, con esta parábola el mandamiento de “amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Mc 12,31), ya no depende de quién está cerca mío, sino de ante quienes debo yo hacerme cercano, por eso que el secreto de la vida eterna puede vivirlo alguien que está fuera de la ley, como es el buen samaritano, que supo ver al necesitado, conmoverse ante su dolor, acercarse, y curar sus heridas.

El samaritano eligió abrir su corazón y responder a la verdadera necesidad humana del moribundo. No se detuvo por curiosidad, sino por amor compasivo. Jesús nos enseña a amar y a servir a los demás. En el relato de la parábola del buen samaritano delimitamos varios compendios que acercan al hombre a sellar parte de su existencia:

- La parábola es poderosa, ya que habla de la fuerza del amor que trasciende todos los credos y culturas y crea un prójimo de un completo desconocido.
- La escena es personal, porque describe con profunda simplicidad el nacimiento de una relación humana que tiene un toque personal, físico, más allá de los tabúes sociales y culturales, ya que una persona cura las heridas del otro.
- Su lenguaje es pastoral, pues se llena con el misterio de la atención y la preocupación que está en el corazón de los seres humanos.

- La historia es sobre todo práctica, ya que nos insta a cruzar todas las barreras de la cultura y de la comunidad e ir y hacer lo mismo.

Se universaliza el concepto de prójimo, pero permaneciendo concreto. Aunque se extiende a todos los hombres, el amor al prójimo no se reduce a una actitud genérica y abstracta, poco exigente en sí misma, sino que requiere mi compromiso práctico aquí y ahora.

“Mi prójimo es cualquiera que tenga necesidad de mí y que yo pueda ayudar.”

El mensaje de la parábola está enmarcado en esta pregunta ¿Quién de estos tres te parece que era su prójimo? (v.36). El que tuvo compasión de él (v.37). “Ve y haz tú lo mismo”. Una llamada a ser un prójimo misericordioso.

La Iglesia en su misión está ejerciendo hoy la sanación que Cristo trajo, comunicando la salvación que Cristo ofrece por su cruz y resurrección. La parábola del buen samaritano –parábola que gustamos cristológica, que es referida a Cristo- es el resumen del Misterio de Cristo y de nuestra propia sanación; con palabras de Agustín:

“

Pasando el buen samaritano por allí, se compadeció, nos curó las heridas, nos levantó y sentó en su carne; y después nos llevó al mesón de la Iglesia, poniéndonos al cuidado del hostelero, conviene a saber, de los apóstoles” (en. Ps. 125,15).

a. Actitud materna de compasión

“*Misericordiae Vultus*” es la bula con la que el Papa Francisco convocó el Jubileo de la Misericordia el día 11 de abril de 2015, víspera de Fiesta de la Divina Misericordia, en esta bula el Papa Francisco, dice: “La misericordia no es una palabra abstracta, sino un rostro para reconocer, contemplar y servir. Y así lo manifiesta: Jesús de Nazaret con su

palabra, con sus gestos y con toda su persona revela la misericordia de Dios. Nada en Él es falto de compasión. Luego agrega: Su Persona no es otra cosa sino Amor, un amor que se dona y ofrece gratuitamente. Los signos que realiza, sobre todo hacia los pecadores, hacia las personas pobres, excluidas, enfermas y sufrientes llevan consigo el distintivo de la misericordia”.

No podemos caer en la indiferencia que humilla, ni en la habitualidad que anestesia el alma e impide descubrir la novedad, ni el cinismo que destruye. Hemos de mirar las miserias del mundo, los sufrimientos de tantos hermanos y hermanas privados de dignidad y escuchar sus gritos de auxilio. Acercuémonos a ellos y ofrezcámosles el calor de nuestra amistad y fraternidad.

La misericordia de Dios está muy cerca del perdón. Se dirige por sí mismo a cada criatura humana, con todas sus debilidades; que incluso prefiere a quienes están al borde del camino, excluidos y rechazados. La misericordia es un amor que colma el corazón hasta rebosar sobre los demás, tanto los de casa como los extraños, y en el entorno social.

Como hijos de Dios, podemos ser semejantes a Él en lo que lo caracteriza: el amor, el acoger, el saber esperar los tiempos del otro, con una actitud materna de compasión y ternura.

Esta es la herencia de Jesús. Ahora bien, para percibir la revuelta que Él quiere introducir en la historia, ostenta la parábola del samaritano, donde hay una descripción de la actitud que hemos de sembrar, más allá de nuestras creencias y posiciones ideológicas o religiosas, para construir un mundo más humano y justo: en la zanja de un camino solitario yace un ser humano, robado, agredido, despojado de todo, medio muerto, abandonado a su suerte. En este herido sin nombre y sin patria resume Jesús la situación de tantas

“Sed compasivos,
como vuestro Padre
es compasivo” (Lc
6,36).

víctimas inocentes maltratadas injustamente y abandonadas en las cunetas de tantos caminos de la historia.

Con sinceridad decimos que esta es la crítica primordial de Jesús a toda piedad incapaz de generar en sus miembros un corazón compasivo. ¿Qué sentido tiene una piedad tan poco humana y materna? Por el camino viene un tercer personaje. No es sacerdote ni levita. Ni siquiera pertenece a la religión del Templo. Sin embargo, al llegar, ve al herido, se conmueve y se acerca. Luego, hace por aquel desconocido todo lo que puede para rescatarlo con vida y restaurar su dignidad. Esta es la lección de vida que Jesús quiere dar a conocer:

- En primer lugar, es no cerrar los ojos. Saber mirar de manera atenta y responsable al que sufre. Esta mirada nos puede liberar del egoísmo y la indiferencia que nos permiten vivir con la conciencia tranquila y la ilusión de inocencia en medio de tantas víctimas inocentes.
- Al mismo tiempo, conmovernos y dejar que su sufrimiento nos duela también a nosotros. Lo decisivo es reaccionar y acercarnos al que sufre, no para preguntarnos si tengo o no alguna obligación de ayudarlo, sino para descubrir de cerca que es un ser necesitado que nos está llamando.
- Nuestra obra y misión concreta nos revelará nuestra calidad humana. Todo esto no es suposición. El samaritano del relato no se siente obligado a cumplir un determinado código religioso o moral. Sencillamente, responde a la situación del herido inventando toda clase de gestos prácticos orientados a aliviar su sufrimiento y restaurar su vida y su dignidad.

Jesús concluye con estas palabras: “anda y haz lo mismo”, con amor atento, que cuida, que nutre y actitud materna de compasión y ternura. Amemos a nuestro prójimo como Cristo nos amó, hasta el punto de dar su propia vida. Con este ejemplo de Jesús, ¿nosotros sere-

mos capaces de pensar bien de los demás y de hacerlos felices con palabras y comentarios positivos?

b. Solidaridad es el bien común

Al significar la solidaridad como el bien común decimos que es la determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común (de todos y de cada uno). El bien común es el conjunto de condiciones que la sociedad ofrece a la persona para vivir una vida digna, gracias a sus propios esfuerzos.

¿Cuál es el valor real de la parábola del buen samaritano? En la parábola hay toda una descripción, un valor y unas acciones concretas de misericordia y comprensión ejecutadas por el samaritano, que significan solidaridad y fraternidad con el prójimo, pues como dice Agustín: “Hombre soy, y nada de lo humano me es ajeno” (ep. 78,8).

La misma escena de la parábola que presenta a un samaritano que, en el camino de Jerusalén a Jericó, más cerca de Jericó que de Jerusalén, se encuentra con un hombre casi moribundo a quien los ladrones del camino habían asaltado para robarle todas sus pertenencias, nos describe estas acciones:

“

Pero un samaritano que iba de camino llegó junto a él, y al verlo tuvo compasión; y, acercándose, vendó sus heridas, echando en ellas aceite y vino; y montándolo sobre su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y cuidó de él. Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y dijo: Cuida de él y, si gastas algo más, te lo pagaré cuando vuelva” (vv. 33-35).

Todas estas acciones reveladas por el buen samaritano son acogidas en comunidad y concluyen en que el samaritano se hizo cargo de él:

es el ejemplo del amor al prójimo. Pero, ¿por qué Jesús elige a un samaritano como protagonista de la parábola? Porque los samaritanos eran despreciados por los judíos, por las diversas tradiciones religiosas. “Donde hay unidad, hay comunidad” (s. 103).

De esta manera, Jesús muestra que el corazón del samaritano es solidario, “la medida del amor, es el amor sin medida” (ep. 109,2), bueno y generoso y que -a diferencia del sacerdote y del levita- él pone en práctica la voluntad de Dios, que quiere la misericordia más que los sacrificios. Dios siempre quiere la misericordia y no la condena hacia todos. Quiere la misericordia del corazón, porque Él es misericordioso y sabe comprender bien nuestras miserias, nuestras dificultades y también nuestros pecados. A todos nos da este corazón misericordioso.

El samaritano hace precisamente esto: simplemente imita la misericordia de Dios, la misericordia hacia quien está necesitado.

“Si no puedes hacer lo que quieres, no es razón para que no quieras hacer todo lo que puedes” (ep. 166).

Muchas lecciones les han dado Jesús a los fariseos, pero ninguna tan bella como ésta. Es de esas ocasiones en las que Cristo da a conocer su doctrina y su mandamiento a todos los hombres, y lo hace de manera muy velada. “Lo que amas eres” (ep. Io. 2,14).

Amar al prójimo no es muy fácil, porque requiere donarse a los demás, y ese donarse cuesta, porque no a todos los tratamos o queremos de la misma manera. Por ello tenemos que lograr amar a todos por igual, sin ninguna distinción. Quererlos a todos, sin preferir a nadie. Es difícil mas no imposible.

Dios nos ha dado el ejemplo al vivir su propia doctrina: “no hay amor más grande que el que da la vida por sus amigos” (Jn 15,13), pero Él no la dio solo por sus amigos, sino también por sus enemigos, y muchos santos han hecho lo mismo.

Por desdicha, en nuestra vida personal y social respiramos un aire de hostilidad y competitividad crecientes, de sospecha recíproca, de juicio sin posibilidad de apelación, de miedo al otro; se acumulan los rencores y llevan a los conflictos y a las guerras.

Como creyentes podemos dar una aportación decidida a contracorriente: hagamos un acto de libertad respecto a nosotros mismos y a otros condicionamientos, y comencemos a reconstruir los vínculos agrietados o rotos en la familia, en el lugar de trabajo, en la comunidad.

Si hemos hecho daño a alguien, pidamos perdón con valentía y reanudemos el camino. Es un acto de gran dignidad. Y si alguien nos hubiese ofendido de verdad, intentemos perdonarle, hacerle un espacio de nuevo en nuestro corazón, de modo que pueda curar la herida del pecado como lo hizo David. La misericordia nos perdona. La gracia nos corteja y se queda con nosotros.

La Sabiduría muestra misericordia, no Juicio. La conversión del corazón no es una realidad sencilla: tiene etapas que no se pueden descuidar. El salmo 50, el 'Miserere', el salmo penitencial más amado, cantado, y meditado, himno al Dios misericordioso elevado por el pecador arrepentido.

“

El Señor es el Señor, Dios misericordioso y clemente, tardo a la cólera y rico en amor y fidelidad, que mantiene su amor por millares, que perdona la iniquidad, la rebeldía y el pecado, pero no los deja impunes; que castiga la iniquidad de los padres en los hijos y en los hijos de los hijos hasta la tercera y cuarta generación” (Ex 34,6-7).

Misericordia, Dios mío

“Misericordia, Dios mío, por tu bondad,
por tu inmensa compasión borra mi culpa;
lava del todo mi delito,
limpia mi pecado.
Pues yo reconozco mi culpa,
tengo siempre presente mi pecado:
contra ti, contra ti solo pequé,
cometí la maldad que aborreces.
Aparta de mi pecado tu vista,
borra en mí toda culpa.
Líbrame de la sangre, oh Dios,
Dios, Salvador mío,
y cantará mi lengua tu justicia” (Salmo 50).

Dios no se cansa nunca de perdonar, somos nosotros los que nos cansamos de acudir a su misericordia. Felices son los misericordiosos, puesto que a ellos se les mostrará misericordia. “Dios es un Dios que perdona porque ama a sus criaturas; pero el perdón sólo puede penetrar, sólo puede ser efectivo, en quien a su vez perdona”, como dice, Papa Benedicto XVI.

c. Apertura del corazón

Si nosotros somos tan dados a juzgar a los demás, es debido a que temblamos por nosotros mismos. Es más fácil juzgar el talento de un hombre por sus preguntas que por sus respuestas. Pronto se arrepiente el que juzga apresuradamente. Hay velas que lo alumbran todo, menos su propio candelabro. Jesús, dice:

“

No juzguéis a los demás si no queréis ser juzgados. Porque con el mismo juicio que juzgareis habéis de ser juzgados, y con la misma medida que midiereis, seréis medidos vosotros”.

¿Qué quiere decir la Escritura cuando dice que no juzguemos a otros? “No juzguen a los demás y Dios no los juzgará a ustedes. No condenen a los demás y no serán condenados. Perdonen y serán perdonados” (Lc 6,37). No juzguemos. Jesús no nos prohíbe ver; tampoco, tener criterios. Lo que nos prohíbe es juzgar la conciencia de otros. Sólo Dios puede saber si ha pecado o no. No juzgar, no condenar, perdonar.

En una época de acaecimiento educativa, en la que el relativismo pone en discusión la posibilidad misma de una educación entendida como introducción progresiva al conocimiento de la verdad, al sentido profundo de la realidad, por ello como introducción progresiva a la relación con la verdad que es Dios, los creyentes están llamados a anunciar con vigor la posibilidad del encuentro entre el hombre de hoy y Jesucristo, en quien Dios se ha hecho tan cercano que se le puede ver y escuchar.

En esta perspectiva, un poco de arrepentimiento es preciso para que el sacramento de la reconciliación, que parte de una mirada a la condición existencial propia y concreta, ayuda de modo singular a esa apertura del corazón que permite dirigir la mirada a Dios para que entre en la vida y nos acerquemos más a Él.

La certeza de que Él está cerca y en su misericordia espera al hombre, también al que está en pecado, para sanar sus enfermedades con la gracia del sacramento de la reconciliación, es siempre una luz de esperanza para el mundo.

La consigna que nos envía Jesús es muy clara: Sed misericordiosos, como lo hizo el samaritano con el que estaba herido y maltratado en

el camino. Un corazón que no perdona no es un corazón cristiano y de Dios, sino que es un corazón que no agrada ni da gloria a Dios. Por eso Cristo dirá en otra ocasión que si cuando nos acercamos a Dios para rendirle una ofrenda recordamos una enemistad con alguno de nuestros hermanos, primero debemos reconciliarnos con él, y después realizar la ofrenda.

Practiquemos estas dos virtudes que nos propone Jesús en nuestra vida: la misericordia y la benevolencia. Bien definidas en el samaritano. Propongámonos que en ninguna de nuestras conversaciones, charlas o discusiones se mezcle jamás la más mínima crítica hacia ninguno de nuestros hermanos, que son todos los hombres.

Si en nuestro corazón no hay misericordia, no estamos en comunión con Dios. ¡Aquí está todo el Evangelio, está el cristianismo! ¡Pero miren que no es sentimiento, no es ‘ostentación de buenos sentimientos’! Al contrario, la misericordia es la verdadera fuerza que puede salvar al hombre y al mundo del cáncer que es el pecado, el mal moral, el mal espiritual.

Sólo el amor llena los vacíos, los abismos negativos que el mal abre en el corazón y en la historia. Sólo el amor puede hacer esto. Y ésta es la alegría de Dios.

Jesús es todo misericordia, Jesús es todo amor: es Dios hecho hombre. Cada uno de nosotros, es esa oveja perdida, esa moneda perdida, o como dice Agustín de Hipona: “la humanidad caída”, cada uno de nosotros es ese hijo que ha desperdiciado su propia libertad siguiendo ídolos falsos, espejismos de felicidad, y ha perdido todo.

Dios no nos olvida, el Padre no nos abandona jamás. Pero es un Padre paciente, nos espera siempre. Respeta nuestra libertad, pero permanece siempre fiel. Y cuando volvemos a Él, nos acoge como hijos, en su casa, porque no deja jamás, ni siquiera por un momento, de esperarnos, con amor. Y su corazón está de fiesta por cada hijo que

vuelve. Está de fiesta porque es alegría. Dios tiene esta alegría, cuando uno de nosotros, pecadores, va a Él y pide su perdón.

A ustedes, mis ovejas, voy a juzgar entre oveja y oveja. La imagen del pastor nos parece acogedora y amorosa; la imagen del juez nos parece severa y casi amenazante. Nuestro Pastor es nuestro juez insoportable, es hoy y siempre nuestro Pastor. Así nos lo enseña profeta Ezequiel:

“Así dice el Señor Dios: Yo mismo en persona buscaré a mis ovejas, siguiendo su rastro. Como sigue el pastor el rastro de su rebaño, cuando las ovejas se le dispersan, así seguiré yo el rastro de mis ovejas y las libraré, sacándolas de todos los lugares por donde se desperdigaron un día de oscuridad y nubarrones. Yo mismo apacentaré mis ovejas, yo mismo las haré sestear -oráculo del Señor Dios-. Buscaré las ovejas perdidas, recogeré a las descarriadas; vendaré a las heridas; curaré a las enfermas: a las gordas y fuertes las guardaré y las apacentaré como es debido. Y a vosotras, mis ovejas, así dice el Señor: Voy a juzgar entre oveja y oveja, entre carnero y macho cabrío” (Ez 34,11-12.15-17).

El Dios que busca a las ovejas es el mismo que juzga a las ovejas. ¿Qué quiere decir esto? Quiere decir que el amor incondicional e inagotable nos conduce a un terreno en el que no vale disculpa alguna. Precisamente porque Dios nos ha amado sin medida nos ha quitado toda posibilidad de engañarnos. No hay excusas para el que se siente amado, radicalmente amado, gratuitamente amado, infinitamente amado. El amor total elimina al engaño. El amor total hace brotar la verdad total.

4. Cristo el buen samaritano

Felizmente, cuando estudiamos la hermosa parábola del buen samaritano, aquel hombre extraño que, siendo extranjero al pueblo de Israel,

se hizo prójimo del hombre que había sido robado y apaleado y estaba tirado y herido al borde del camino, nos quedamos con su primer sentido. Es el más evidente: amar es hacerse prójimo de quien sufre.

Este amor de Cristo, buen samaritano, nos enseña a amar y a vivir en el mundo y a convertir la Iglesia en un espacio de caridad, con relaciones fraternas y una dimensión de servicio al hombre por amor a Cristo. Como Dice, el Papa Benedicto XVI, en su Carta *Deus caritas est*, 25:

“ *La Iglesia es la familia de Dios en el mundo. En esta familia no debe haber nadie que sufra por falta de lo necesario. Pero, al mismo tiempo, la caritas-aga-pé supera los confines de la Iglesia; la parábola del buen Samaritano sigue siendo el criterio de comportamiento y muestra la universalidad del amor que se dirige hacia el necesitado encontrado casualmente (Lc 10,31), quienquiera que sea. No obstante, quedando a salvo la universalidad del amor, también se da la exigencia específicamente eclesial de que, precisamente en la Iglesia misma como familia, ninguno de sus miembros sufra por encontrarse en necesidad”*.

En este sentido, siguen teniendo valor las palabras de la Carta a los Gálatas: “Mientras tengamos oportunidad, hagamos el bien a todos, pero especialmente a nuestros hermanos en la fe” (Ga 6,10)”.

La Carta Encíclica *Fratelli Tutti*, hermanos todos, del Papa Francisco, dice:

“ *esta parábola es un ícono iluminador, capaz de poner de manifiesto la opción de fondo que necesitamos tomar para reconstruir este mundo que nos duele. Ante*

tanto sufrimiento, ante tanta herida, la única salida es ser como el ejemplo del samaritano. Toda otra opción termina o bien al lado de los salteadores o bien al lado de los que pasan de largo, sin compadecerse del dolor y sufrimiento del hombre herido en el camino” (67).

La historia nos repica que los antiguos cristianos repasaban al unísono que el ‘buen samaritano’ representaba a Cristo. San Crisóstomo, fue un clérigo cristiano eminente, patriarca de Constantinopla, considerado por la Iglesia católica uno de los cuatro grandes Padres de la Iglesia del Oriente, propone que el samaritano constituye una representación acertada de Cristo porque “así como el samaritano no es de Judea, Cristo no es de este mundo”.

La imagen de Cristo como buen samaritano expresa e ilustra con claridad el misterio de la redención de los hombres. La parábola del Evangelio de Lucas cobra una nueva Luz cuando se la interpreta cristológicamente, cuando se ve en el buen samaritano una imagen, una figura, del mismo Salvador nuestro que cura las heridas de quien se encuentra caído y herido por los salteadores. Por eso, Crisóstomo al estimar que el samaritano, el símbolo de Cristo, buscaba explícitamente personas a las que ayudar. El pasaje no indica que apareciera por casualidad.

Orígenes, era otro que señala que “descendió con la intención de rescatar y atender al moribundo”. El Salvador descendió a propósito con aceite y vendajes “para traer redención al mundo”.

Este hombre asaltado, apaleado y que ha quedado en el camino herido y medio muerto es cada hombre, cada persona, es el género humano: ¡es Adán!, que se ha alejado de Jerusalén -Dios, el mundo de lo divino, de la santidad- y baja a Jericó, desciende a lo mundano, a la gentilidad, habiendo perdido el paraíso. El Enemigo del hombre, el Maligno, y los pecados han abatido a la humanidad, la han dejado herida, maltrecha, imposibilitada. Yace en el camino. No puede caminar ni levantarse.

De ahí que los primeros cristianos comparaban a este hombre con Adán. Puede que el vínculo fuera más evidente en las lenguas antiguas que en las traducciones modernas. En hebreo, la palabra adán significa hombre, humanidad, el plural de hombres, así como Adán como nombre propio.

Así fue que Clemente de Alejandría consideraba a la víctima de esta parábola una representación de todos nosotros. De hecho, todos hemos descendido como Adanes y Evas, sujetos a los riesgos y a las vicisitudes de la vida terrenal: “Porque, así como en Adán todos mueren” (1Co 15,22).

Asimismo, al leer paulatinamente la parábola, mientras percibo las hambres que descubro a mi alrededor, tanto cerca como lejos. En mi familia, en mi vecindario, en mi país, en el mundo. También le pregunto a Jesús quién es mi prójimo, y escucho su respuesta.

Desde las Escrituras expresamos que Cristo conecta en particular el primer y gran mandamiento del amor a Dios con el segundo mandamiento semejante al primero del amor al prójimo. Y añade: De estos dos mandamientos dependen toda la ley y los Profetas. Y Juan el teólogo, es muy claro: “El que no ama, no ha conocido a Dios” (1Jn 4,8).

El buen samaritano se revela como el filántropo extranjero cercano al que ha sido golpeado y herido por los bandidos. A la pregunta inicial del doctor de la ley “¿Quién es mi prójimo?” (Lc 10,29), Cristo responde con una pregunta: “¿Cuál de estos tres te parece que ha sido prójimo del que cayó en manos de los bandidos?” (Lc 10, 36).

Aquí el hombre no se le permite hacer preguntas, sino que se le pide y se le llama a actuar. Siempre es necesario hacer emerger al prójimo, al hermano, por delante y ante el lejano, el extranjero y el enemigo. Cabe señalar que, en la parábola del buen samaritano, de acuerdo con la pregunta del doctor de la ley que pone a prueba a Cristo “Qué tengo que hacer para heredar la vida eterna” (Lc 10,25), en respuesta a ella, el verdadero amor al prójimo tiene una clara referencia soteriológica.

5. Jesús es el camino

Aprender a perdonar, a disculpar los defectos y errores de los demás es una tarea ardua y difícil. Nunca es fácil olvidar la injuria o la ofensa recibida, y mucho menos cuando hemos sido gravemente afectados. Por el contrario, que fácil es juzgar, pensar mal, comparar o condenar a mi prójimo, a aquél que me cae mal, a aquél que me ha ofendido.

Hay que aprender a perdonar. El perdón es un regalo silencioso que dejas en el umbral de la puerta de aquellos que te han hecho daño. Haz lo que debes hacer y hazlo bien. “No es lo mismo vivir que vivir felizmente” (conf. 13,4,5). “La felicidad que se vive deriva del amor que se da, y más tarde ese amor será la felicidad de uno mismo” (en. ps. 34).

No importa el tamaño de los problemas, perdona. Cristo, sitúa frente a nuestros ojos el amor de su corazón: un corazón que no conoce el odio ni el rencor; un corazón que a todos perdona, sin importar las veces que le hayamos ofendido, y nos pide que a semejanza suya obremos nosotros.

Perdonar no es olvidar, no es debilidad, no consiste en afirmar que lo que es grave no tiene importancia, o que está bien lo que está mal, no es indiferencia.

Hay un ejemplo de acogida y misericordia al pecador. Coloca las manos amorosamente en la espalda del hijo. Es representado por Rembrandt Harmenszoon van Rijn, más conocido simplemente como Rembrandt, fue un pintor y grabador neerlandés, pues el anciano lo acoge con un gesto amoroso y casi protector, expresando así sentimientos de misericordia y compasión.

En un discernimiento sabemos que perdonar es un acto de voluntad y de lucidez y por consiguiente de libertad que consiste en acoger al hermano tal como es y a pesar de todo el mal que nos haya hecho,

como Dios nos acoge a nosotros, que somos pecadores, a pesar de nuestras fallas.

Hay una metáfora del plato roto que nos ayuda a pensar cuáles fueron los errores que cometimos, y por qué lo hicimos. Asumir que cometimos un error es un acto de valentía, pero comienza primero por nosotros:

Coge un plato nuevo, tíralo al suelo.

¿Qué pasa?

Se rompe ¿verdad?

Pídele perdón.

¿Volverá a estar como antes? NO

Se arreglará.

Lección de vida:

¿Qué podemos aprender de ellas? Cada uno tiene lo que necesita: Cuando cometemos errores, cuando estamos equivocados, cuando no actuamos de manera correcta, lo normal sería asumir la responsabilidad de esa situación y pedir disculpas. Sin embargo, esta simple acción suele resultar muy difícil para algunas personas, e incluso en algunas ocasiones es vista como un signo de debilidad. Por el contrario, pedir perdón representa respeto, valentía y crecimiento. Poder asumir nuestros errores y aprender de ellos habla de nuestra evolución como personas.

Y, bajo esta premisa, la pregunta que cabe hacernos en todos los momentos en los que la vida nos sorprende con circunstancias adversas es: ¿Qué tengo o puedo yo aprender de todas las lecciones de vida que se me han ido poniendo delante? De esta forma, veremos la vida, como una escuela, llena de lecciones, y en cada paso, una dificultad, un examen, una circunstancia que nos pone a prueba. Por eso es importante perdonar y estar en paz.

Sin vacilación que perdonar radica en no responder a la ofensa con una ofensa, sino en hacer lo que dice el Apóstol Pablo: “No te dejes vencer por el mal; antes bien, vence al mal con el bien” (Rm 12,21).

No es fácil platicar el perdón, es difícil tanto recibirlo como darlo. Sin embargo, también es una palabra de Sumo valor. El perdonar no es humillarse, es reconocer que fallamos y queremos cambiar. Es renunciar y emprender el camino.

“Dios no manda cosas imposibles, sino que, al mandar lo que manda, te invita a hacer lo que puedas y pedir lo que no puedas y te ayuda para que puedas”, dice Agustín.

Las personas nos equivocamos, aprende a perdonar. Esta apertura del corazón no se improvisa. Es una conquista cotidiana, un crecer constantemente en nuestra identidad de hijos de Dios. Sobre todo, es un regalo del Padre que podemos y debemos pedirle a Él mismo. “Procurad todos tener un mismo pensar y un mismo sentir: Con afecto fraternal, con ternura, con humildad. No devolváis mal por mal o insulto por insulto; al contrario, responded con una bendición, porque vuestra vocación mira a esto: a heredar una bendición” (1Pe 3,8-9).

En el perdón al prójimo es maravilloso observar cómo el Amor de Dios está por encima de la miseria humana y es capaz de perdonar hasta la acción más ruin. Pero no podemos olvidarnos de algo muy importante: antes del perdón hay un ‘lo siento’. Sí, es necesario el arrepentimiento porque de otro modo de nada serviría ni perdonar ni ser perdonado; quedaría todo resumido en un vacío e ineficaz conjunto de palabras.

Agustín de Hipona, dice: “vive sin aparentar, ama sin depender y habla sin ofender”. Cuando Dios quiere que crezcamos, te pone en una situación incómoda, pero te da la fuerza para sobrellevarla y aprender de ella.

6. ¿Cómo hacerse prójimo?

Al preguntarnos ¿cómo hacerse prójimo? hallamos diferentes réplicas bien equitativas y que al final dejaran mucho para reflexionar. Dios, nos amó y nos ama. “Amamos porque Él nos amó primero” (1Jn 4,19). Este principio sirve para los grandes mandamientos del Deuteronomio 6,5 y del Levítico 19,18. Que nos van enseñando lo que la sagrada Escritura escribe sobre ¿cómo hacerse prójimo?

Asimismo, la parábola del buen samaritano es un ejemplo perfecto de lo que el amor compasivo y misericordioso puede alcanzar: es capaz de hacernos parar y ver la necesidad del prójimo; es capaz de hacernos identificar con el prójimo necesitado; nos dispone a hacer sacrificios por los otros; a ser suficientemente generosos como para usar nuestro tiempo para compartir con los otros; nos dispone a caminar una milla más para aliviar el sufrimiento de los otros; y nos dispone para el servicio de amor a los otros, “cuanto hicisteis a uno de mis hermanos más pequeños, me lo hicisteis a mí” (Mt 25,40).

Dios, nos amó y nos ama, no puede ser de otra manera; ya que, como nos dice san Juan, “Dios es amor” (1Jn 4,8). Por eso, la grandeza no está en que nosotros amemos a Dios, sino en que Dios nos ama. De ahí que el anhelo de Dios es que tengas misericordia con los hermanos.

Agustín de Hipona,
dice:
“No basta con conocer;
es preciso saber”
(conf. 3,6).

Es muy común escuchar en nuestros días: perdono, pero no olvido. Si esto es así, no existe tal perdón porque en el corazón queda un rencor que mancha el amor desinteresado hacia la persona que, supuestamente, hemos perdonado.

Dios no se cansa nunca de perdonar, somos nosotros los que nos cansamos de acudir a su misericordia. La misericordia de Dios se revela en comprender a nuestro prójimo. Muchos de los problemas en las sociedades actuales suceden porque las personas no se toman el tiempo

para escuchar al otro, ejercitando esa compasión a la que Cristo nos invita. Cuando escuchamos y prestamos atención a las personas que tenemos alrededor todo cambia, porque este ejercicio nos ayuda a tener corazones más misericordiosos, abiertos a los demás.

Las personas que conviven con alguien que se interesa por ellos se transforman también en fuentes de esta misericordia que, cuando mira a la gente, no se queda en los defectos y pecados, sino que ve a los hijos e hijas amadísimos de Dios. Cristo nos hace la invitación a ver a todos como Él los ve, con amor incondicional.

Cuando experimentamos la presencia de Jesús en nuestras vidas, nos damos cuenta que no hay nada más dichoso o sublime que estar en Su compañía. Cuando disfrutamos de Su guía, amor y misericordia, nuestro mundo se transforma, porque sentir y conocer a Cristo, lo cambia todo. Por eso, el día que aprendamos a examinar nuestra vida, alcanzaremos comprometernos con ella. Cuando el amor es sincero, no se engríe, ni se infla, al contrario, se pone al nivel de los más necesitados, se humilla, se rebaja y no cesa hasta hacerles sentir que son alguien significativo, alguien necesario, alguien imprescindible.

No basta con conocer; es preciso saber. A veces pueden surgir disputas porque todos somos imperfectos y no siempre podemos ver lo bueno en los demás antes de lo malo; en estos momentos sabemos que, aunque la otra persona nos haya hecho algo terrible, Dios en su infinito amor, la sigue amando y nos pide que no nos quedemos estancados en rencores, que la perdonemos para que podamos continuar con nuestra vida y podamos seguir amando. La misericordia y el perdón es el rostro de Jesús.

Nos da miedo aprender a amar y perdonar al estilo de Dios; nos da miedo el amor gratuito; nos da miedo hacernos pequeños y caminar en los brazos del Padre con misericordia. Pero Jesús con su Palabra, con sus gestos y con toda su persona revela la misericordia de Dios. Nada en Él es falta de compasión. Su Persona no es otra cosa sino Amor, un amor que se dona y ofrece gratuitamente.

¡La misericordia es una Fiesta! “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo” (Lc 15,21). Dios es un Dios que perdona porque ama a sus criaturas; pero el perdón sólo puede penetrar, sólo puede ser efectivo, en quien a su vez perdona. La misericordia nos perdona. La gracia nos corteja y nos enseña a ser agradecidos.

Hay algunos momentos de la vida en los que la misericordia de Dios nos sorprende y recompensa:

- Al sentirnos abatidos por la tristeza y el dolor.
- Cuando cometemos una falta. Es Dios quien nos da la oportunidad de recuperarnos y levantarnos.
- Cuando nos rompen y vulneran el corazón; aprendemos a perdonar.
- Cuando somos amados y aceptados de nuevo.
- Cuando logramos alcanzar una meta.
- Cuando ocurre lo imposible en nuestras vidas.
- Cuando somos capaces de ayudar a los demás.

Al hablar de la misericordia sabemos que esta importante palabra alude al amor puro de Cristo. La palabra griega expresa que las entrañas del samaritano fueron conmovidas con una profunda compasión interior. Esta palabra se emplea en el Nuevo Testamento únicamente cuando los autores desean describir la misericordia divina de Dios.

Agustín de Hipona, dice: “la misericordia nace del corazón, que se apiada de la miseria ajena, corporal o espiritual de tal manera que le duele y entristece como si fuera propia llevando a poner los remedios oportunos para intentar sanarla”. No juzguen a los demás, no condenen y perdonen: así se imita la misericordia del Padre. El Amor necesita de justicia y misericordia.

Por último, expresamos que muchos textos litúrgicos, preces, oraciones de diferentes rituales, denominan a Cristo buen samaritano. Incluso un prefacio de reciente composición se titula “Jesús, el buen samaritano”:

Jesús, el buen samaritano

*“Es deber nuestro alabarte,
Padre santo, Dios todopoderoso y eterno,
en todos los momentos y circunstancias de la vida,
en la salud y en la enfermedad,
en el sufrimiento y en el gozo,
por tu siervo, Jesús, nuestro Redentor.
Porque Él, en su vida terrena, pasó haciendo el bien
y curando a los oprimidos por el mal.
También hoy, como buen samaritano,
se acerca a todo hombre
que sufre en su cuerpo o en su espíritu,
y cura sus heridas con el aceite del consuelo
y el vino de la esperanza.
Por este don de tu gracia,
incluso cuando nos vemos sumergidos
en la noche del dolor, vislumbramos la luz pascual
en tu Hijo, muerto y resucitado”.*

Amén.

